

estrangulamiento inferido al desahuciado para precipitar su muerte y atajarle las ansias ó agonías postreras; del culto á los muertos, cuyos cráneos reverenciadísimos se colocaban junto á los prestigiosos idolillos; en fin, de aquel estado edénico, á una sociedad primitiva connatural, con todos los encantillos y con todos los inconvenientes también de la primera infancia. Nada más congruente con el ministerio desempeñado y el oficio ejercido por Colón, que ir extendiendo con los nuevos dominios las observaciones, unas veces apuntadas por él en persona, otras por compañeros suyos tan diligentes como el médico Chanca. El 24 de Abril, en la primavera del año 1494, comenzó la exploración capital de este segundo viaje. Dirigióla Colón desde la Española, con tres buques á Cuba, muy al revés de los años anteriores, que fué de Cuba á la Española. En los primeros encuentros repitiéronse las escenas de siempre. Huyeron los indios á la primera vista de los recién idos, y se mostraron dándose á partido, aunque recelosos y vigilantes, así que los creyeron buenos é inofensivos. En esta reacción de ánimo á favor del huésped colmaban los naturales de dones con cariño á los que miraran poco antes con terror. Así acaeció en la hermosísima bahía de Santiago, desde donde, al bogar en busca del oro esperado y requerido, con sólo navegar unas cuantas leguas marinas, descubrieron la Jamaica, realzada por montañas aeriformes, que parecían transparentes en la diafanidad del aire y ceñidas de multicolores nubarrones. Valle de bienaventurados la llamaba en sus transportes de intenso entusiasmo Colón, y el nombre le puso

de nuestro nacional patrono Santiago, que supo convertir á Compostela en una Jerusalén de Occidente, visitada de innumerables peregrinos y henchida de piadosas plegarias. En prados de verdura, bajo cielos etéreos y junto á mar diáfano, veíanse innumerables bohíos compuestos de ramas y troncos, que guardaban población muy numerosa, la cual expidió varios naturales en canoas larguísimas á impedir la profanación del suelo, y á contrastar la entrada del recién venido, blandiendo lanzas manejadas con suma destreza y lanzando gritos despedidos con fragoroso espanto; pero á estos impulsos del terror sucedían emociones más dulces, unas veces despertadas por el miedo y otras provenientes de la reflexión, las cuales permitieron al piloto anclar en dos bahías y reconocer algunas costas. Mas, como quiera que lo principalmente allí buscado, el oro, no se hallase, tomó de nuevo el rumbo á Cuba, explorada con grande prolijidad, y merecedora de aquella devoción por el espectáculo maravilloso que ofrecían las aguas transparentes, llenas de peces, cuyas escamas, parecidas á preciosas lacas, dejaban líneas de colores y círculos en el celeste líquido; por las costas, en que gigantes tortugas andaban perezosamente al lado de conchas y caracoles tendidos entre las guijas, como perlas y ópalos en infusión próximos á cuajarse; por los bosques de resonantes palmeras cargadas con frutos, los cuales mitigaban hambre y sed con sus zumos y con sus azúcares; por las bandadas de pájaros, parecidos, según las pintadas plumas, á ramilletes volando sobre la flora tan varia y entre tan intensos aromas; por las canoas llenas

de ofrendas y tripuladas con indios coronados de vistosos plumajes; por los ritmos de las danzas populares, movidas al dulce deseo de vivir; por el coro de los arpados sinsonetes; por todo aquello que percibían gusto, y olfato, y vista, y oído, en el esplendor de la Naturaleza y en el exceso de la vida. Cuba no solamente sobre los sentidos de Colón ejercía este mágico influjo; ejercíalo también sobre su alta inteligencia. Engañábalo como una especie de maga, diciéndole no ser isla como decían muchos en sus consejas, sino aquel continente asiático flotante con su preste Juan de las Indias y su grande Kan de Tartaria en los fantaseos producidos por las tradiciones medioevales. Á cualquier indicio le sacaba la punta de su engañosísima superstición en el estado hinóptico á que lo alzaba la seguridad completa de haber hallado el extremo oriente por el extremo occidente. Nadie ignora como se llama desde los griegos acá el mundo de los largos ropajes blancos á los imperios asiáticos. Las flotantes túnicas de lino, usadas por emperadores y sacerdotes, justifican esta calificación. Colón porfiaba en buscar los pueblos de los blancos ropajes, y algunos de sus intérpretes le aseguraban haber oído á indios la existencia de gentes así vestidas en aquellos países. Con efecto; un día que cierto grupo de tripulantes desembarcó en Cuba, emboscóse con facilidad en una de aquellas selvas, donde los ramajes entrelazados como en bóveda, y las lianas tendidas como tapices, y las hierbas altas á modo de laberintos, extienden la noche material, magüer el pleno día, ó por lo menos producen una especie de tibio crepúsculo, seme-

jante al compuesto por los cruces del centelleo de los astros sobre nuestra retina en el anochecer ó en el amanecer tropicales.

Rezagóse uno de los exploradores en aquella dulce obscuridad; y de súbito se le apareció extraño personaje cubierto de blanca túnica y parecido por su estatura y por su porte á una estatua que allí ambulara. Tomólo al pronto el animoso español por el fraile de la Merced que acompañaba la expedición, quizá descendido á tierra. Pero ¿cuál no sería su asombro, y como se pondría de nervioso y espeluznado, viendo que al primero sucedían otros muchos, puestos en dos hileras, iluminados por los inciertos resplandores y perdidos en los lejos del follaje, que se movían como al acaso, y moviéndose, le saludaban á una con caprichosas reverencias de todo el cuerpo, con especialidad, de las altas y angostísimas cabezas? No sabiendo qué hacer el sorprendido, retrogradó espantado con riesgo de caerse de espaldas, miéntras la visión se desvanecía y se disipaba en los lejos de aquellas cambiantes perspectivas. Muchas apariciones de tal género referían los cuentos cambiados por los exploradores en las correrías de mar ó tierra y en las vigilias á ellas consiguientes. Las Casas nos refiere, cómo por las noches, en el recinto donde se construía la Isabela, cubierto por los despojos de tantos cadáveres como tendieran en tierra los efluvios de la peste, veíanse figuras de caballeros, con sus espadas al cinto, sus collares al cuello, sus mantos á la espalda, sus corazas al pecho, sus guanteletes al brazo, sus espuelas al pie, sus ropillas al cuerpo, quitándose las

cabezas, ceñidas con blasonadas gorras de plumas; en saludos sobrenaturales á los viandantes y esparciendo por el aire largos y lastimosísimos sollozos. En tal situación de las cosas y en tal estado de los ánimos, nada tan propio del buen sentido como atribuir á hipnosis ó alucinaciones de la vista los ropajes aquellos, ó al paso por allí de grandes aves conocidas, muy semejantes, por su porte y por sus actitudes, á verdaderas personas. Pero Colón vió en aquello un indicio más de la existencia del pueblo de los ropajes y otra fianza más del carácter continental de Cuba. No le cupieron desde tal expedición dudas á ese respecto, cual demuestra la increíble ceremonia de su bajada con un escribano y varios testigos á tierra, levantando acta notarial, que hacía de la región aquella un verdadero continente, y conminaba con pena tan terrible como la horadación por un hierro candente á toda lengua capaz de llamarla isla. No lo creeríamos, en verdad, si un documento auténtico y solemne, con todos los caracteres de la evidencia irrefragable, no lo confirmase. El 6 de Julio entró en el golfo de Santa Cruz, y sobre uno de sus cabos ordenó que se levantase improvisado altar y se dijese misa bajo el dosel de las palmas. Al oír el murmullo de los rezos, y notar la devoción ferviente con que veían la hostia consagrada los cristianos de hinojos y se daban entre abrazos el beso de paz, un anciano indio se conmovió al punto de manifestar la reverencia, con que á semejantes ceremonias hermosísimas asistiera, y la esperanza por ellas despertado de inmortalidad; explicable dentro de sus ritos merced á transmigraciones, donde

las almas se purifican por obra de los castigos y de los premios eternos. Tales palabras, y algún que otro acto, indicaban ciertas inclinaciones en los indios hacia los españoles; despertadas dentro de los ingenuos ánimos salvajes por la natural y evidentísima superioridad de los civilizados. Unas veces aparecía inteligente y apuesto joven, que, sobreponiéndose á su familia llorosa, requería plaza de los tripulantes en cualquier nave al deseo de ver las regiones, desde donde hombres tan sobrenaturales bajaban; otras veces maldecía un viejo su estrella que le deparaba tan tarde la vista de aquellos huéspedes revestidos del carácter de dioses y con los cuales quería vivir y morir; otras veces los primates de tribus enteras prestaban homenaje, y pedían entrar en aquella corporación de cristianos, alardeando con sus arcos de buenos auxiliares para toda empresa, y ofreciendo á los ojos maravillados, sobre canoas esculpidas ricamente, sus preseas más hermosas, los cinturones de bordado algodón, los mantos de multicolores plumajes de vestidos de las más pintadas especies, las banderas semejantes á las colas de las aves llamadas por los iris en ellas extendidos pájaros del Paraíso, las ajorcas pendientes como nuestros zarcillos de las orejas, los cintillos de pedrería en las sienes, y colgados al cuello de una cadena las láminas de oro sobre sus pechos. Así Colón se holgaba en ver cómo surgían las islas á su paso y cómo se acercaban, después de haber huído al primer encuentro, los naturales reconciliados con los españoles por el siguiente reflexivo impulso en las canoas cargadas de ricas ofrendas. Gozábase mucho con los nombres

á dar y con los datos á recoger en aquellas exploraciones. A un grupo de numerosas isletas le llamaba Jardín de la Reina, en homenaje á Isabel I, y á una mayor, como la de Pinos, Evangelista, en recuerdo y conmemoración del cuarto Evangelio, donde resuena el Verbo creador. Mucho más anduviera, y á poco de haber andado en fines de Septiembre, persuadiérase á tomar Cuba por isla en una reveladora experiencia que ya iba pronto á ofrecerle su derrotero, cuando los vientos le contrariaron de tal suerte, y las vigiliass y los cuidados le pusieron en términos tales, que á fuerza de luchar con los elementos contrarios y con los obstáculos espirituales, que á su providencial ministerio y destino se oponían por todas partes, cayó enfermo en términos de haber quedado como muerto, sin conocimiento, ni sentido, mostrándose tan sólo la vida que le restaba en los horrores y exacerbaciones de una fiebre altísima.

---

## CAPÍTULO IX

---

### CAUSAS DEL REGRESO SEGUNDO DE COLÓN Á ESPAÑA

**Q**UÉ sucedía en Castilla mientras Colón erraba por Haití, por Cuba, por Jamaica, por Pinos, por el mar de las Antillas y arribaba casi muerto á la Isabela? Dos expediciones habían de este último punto zarpado hacia España en aquel año, noventa y cuatro, una muy favorable al descubridor y otra muy adversa. De las dos hemos en otro lugar hablado, la favorable comandada por Antonio Torres, y la contraria por Margarit con Buil; aquélla bajo los auspicios de Colón, ésta en abierta rebeldía contra él y en desacato á él. Cuando llegó por primera vez Torres, un tropel de ilusiones y esperanzas revoloteaban y relucían en torno de su nave. Llevaba las epístolas del Almirante con informes verdaderos de sus innumerables descubrimientos, y piezas y ejemplares de oro bastantes á deslumbrar al más desconfiado. Con decir que un pedazo de oro nativo, entre los que Antonio To-